DOSSIER

El rey Víctor Manuel II entra en Roma en 1870, completando el proceso de unificación. Cromolitografía popular de finales del siglo XIX.

La UNIFICACIÓN italiana

El mosaico italiano se convirtió en Estado en el siglo XIX. El protagonista cultural de la epopeya fue Giuseppe Verdi, de cuya muerte se cumplen cien años. Su nombre inundó los muros, convertido en acrónimo de una Italia unida bajo Vittorio Emanuele Re D'Italia: Viva V.E.R.D.I.

Viva V.E.R.D.I.
Manuel Espadas Burgos
pag. 8

Fare l´Italia
Fernando García Sanz
pag. 57

Verdi, música para la patria
Esteban Hernández Castelló pag. 63

Viva V.E.R.D.I.

Cavour, Garibaldi y Mazzini son algunos de los hombres que lideraron la lucha por la unificación italiana. La música la puso Verdi, cuyo nombre se convirtió en símbolo de la Italia unida.

MANUEL ESPADAS BURGOS reconstruye la epopeya.

Se ha definido el *Risorgimento* como el proceso por el que una antigua nación cultural se transforma en una nación política, es decir, en un Estado. Proceso político y acción militar suponen, al tiempo, en la vida italiana una cultura y hasta una mentalidad. Los nombres propios que protagonizan tal proceso son numerosos. En una primera línea se sitúan los de Mazzini, Cavour, Víctor Manuel de Saboya y Garibaldi. Pero en el plano cultural, el protagonismo corresponde casi exclusivamente a un nombre, el de Giuseppe Verdi. El "Viva V.E.R.D.I.", así escrito, que en las paredes y las páginas de periódicos y folletos aparecía como homenaje al maes-

MANUEL ESPADAS BURGOS es director de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma.

Garibaldi lidera con éxito a sus tropas en la batalla de Calatafini, en el oeste de Sicilia, donde infligió una derrota a las fuerzas borbónicas en 1860 (óleo de Legat, Roma, Museo del Risorgimento).

tro, escondía una segunda lectura: "Viva Vittorio Emanuele Re D'Italia".

Un siglo después de su muerte, acaecida en la madrugada del 27 de enero de 1901, su nombre y su recuerdo conservan el halo de lo mítico. En la Italia de hoy, su música no ha perdido la popularidad y la resonancia patriótica que tuvo en su tiempo. Aún el "Va' pensiero ..." del coro de la ópera *Nabucco*, estrenada en marzo de 1842, sigue, quizá como ningún otro fragmento de la gran música italiana, poniendo a los espectadores en pie y obligando a orquesta y a coro a su repetición.

El camino a la unidad es largo y complejo. En su andadura se superponen y se confunden planteamientos políticos con discursos sociales y con revueltas populares. Sus mentores ideológicos son muchos y de muy distinto nivel y calidad. Sin buscar antecedentes más remotos, sus primeras raíces se sitúan en los movimientos revolucionarios franceses de fines del XVIII y, concretamente, en la masonería y en el nacimiento de las sociedades secretas y, en concreto, de las sociedades carbonarias.

Pero, sin remontarnos a ellos, la Europa posterior a Napoleón y el nuevo orden creado a partir del Congreso de Viena fueron punto de partida y estímulo para los nacionalismos. Creador también de un nuevo orden europeo, a partir de la propia revolución, Napoleón, al invadir Italia, había llevado con sus banderas el mensaje de la unidad, de la libertad y de la igualdad del credo revolucionario y, en este sentido, había realizado una primera unidad de Italia, que los vencedores del Emperador – y de forma muy especial Austria y su canciller Metternich– fragmentarían. Después del Congreso de Viena, la monarquía austriaca volvía a anexionarse el Trentino, Istria y Dalmacia, al tiempo que recuperaba Lombardía y mantenía también su soberanía sobre Venecia. De ahí que la lucha italiana a lo largo del siglo se presentara como una confrontación con Austria, como una empresa por emanciparse del aquel poder extranjero. En este sentido, se ha dicho que Austria fue el cemento unificador de todas las fuerzas del *Risorgimento* italiano.

Entrada de Carlos Alberto en Pavía en 1848. Cuando heredó la corona de Cerdeña en 1831, Mazzini le pidió que se pusiera a la cabeza de la unificación (Roma, Museo del Risorgimento).

Sin duda, su gran ideólogo sería Giuseppe Mazzini. En sus notas autobiográficas, recordaría un episodio que le dejó huella, cuando un día, a sus 16 años, paseando con su madre por Génova, vio a un hombre que pedía ayuda "para los proscritos de Italia". Fue su conversión a la causa italiana. Pronto entraría en contacto con las sociedades secretas, si bien la masonería y los grupos carbonarios le produjeran un cierto rechazo, en la medida en que parecían ignorar al pueblo En noviembre de 1830, la policía de Génova le arrestaba y, tras pasar unos meses preso en el castillo de Savona, recobraba la libertad en febrero de 1831 y marchaba al exilio.

En Marsella, centro de reunión de muchos exiliados políticos italianos, crearía una sociedad, distinta a las carbonarias, con el nombre de la *Giovine Italia*, que se presentaría con un carácter más abierto, basada en un concepto laico de lo religioso, afirmado en las ideas de progreso y de humanidad y, en lo político, apuntando a un proyecto de república basada en los ideales de igualdad y de libertad. *Pensiero e azione* eran también inseparables para Mazzini, en cuanto el pensamiento es tal cuando se manifiesta en acción y no se queda en el nivel de la abstracción.

Napoleón, al invadir Italia, había llevado un mensaje de unidad y libertad, y en ese sentido había relizado la primera unidad

En su programa, había dos puntos básicos e irrenunciables: la unidad y la república. La primera, porque "senza unità non è veramente nazione". La segunda, porque para Mazzini la República era la única forma institucional que podría hacer posible la unidad y la igualdad entre los ciudadanos de una nación. Cuando en abril de 1831 muere el rey de Cerdeña Carlos Félix y le sucede su sobrino Carlos Alberto, una carta abierta firmada por "un italiano", en realidad el propio Mazzini, le pedía al nuevo monarca: "Ponéos a la cabeza de la nación y escribid sobre vuestra bandera: Unión, libertad, independencia (…) Si Vos no lo hacéis, otros lo harán por Vos o contra Vos".

La *Giovine Italia* tuvo su sede principal en Marsella, el gran puerto del Mediterráneo por el que discurría una gran parte del tráfico marítimo y, por ende, de marineros. No se puede olvidar que el gran *condottiero* de la unidad, Giuseppe Garibaldi, conoció y se enroló en

El fallido atentado del anarquista Felice Orsini contra Napoleón III, en 1858, impactó en la conciencia del emperador francés (óleo de Vittori, París, Museo Carnavalet).

la *Giovine Italia* precisamente en otro puerto, el de Taganrog, en el mar de Azov, donde conoció a un marinero italiano, Giambattista Cuneo, que le impuso en los fines de aquella sociedad secreta. "Certo non provó Colombo tanta soddisfazione alla scoperta dell'America como ne provai io al trovare chi s'occupasse della redenzione patria", escribiría Garibaldi. Precisamente cuando en 1834 Mazzini se afanaba por iniciar en Piamonte y Liguria un movimiento insurreccional, el encargado de ponerlo en marcha en Génova sería ese joven marinero, recientemente afiliado a la *Giovine Italia*, llamado Garibaldi. Ello le supondría el primer exilio en América, donde se casaría con Anita y donde permanecería –en Brasil, Uruguay y Argentina– hasta 1848.

Desde otras perspectivas, los proyectos eran diversos. Evidentemente no era pensable proyectar una nueva Italia sin contar con Roma y con lo que significaba la figura del Papa. Después de Pío VII, el contemporáneo y "prisionero" de Napoleón, los siguientes pontificados habían sido especialmente anodinos –casos de León XII y de Pío VIII– o, lo que era peor, reaccionarios, como era el caso de Gregorio XVI.

La elección de Pío IX

Muerto éste en julio de 1846, las esperanzas de una mayor apertura parecieron alcanzarse con la elección del obispo de Spoleto, Giovanni Maria Mastai–Ferretti, que tomaría el nombre de Pío IX, un hombre aparentemente distante tanto de posturas reaccionarias como de un liberalismo radical.

Las primeras medidas de gracia en favor de exiliados y de prisioneros políticos fueron acogidas como una muestra de nuevos tiempos. Incluso los más optimistas o, por el contrario, los más críticos a esas medidas liberalizadoras, hablaron de que se había elegido una Papa *carbonaro*.

Quienes, cierto es que minoritariamente, pensaban en una unidad italiana en torno al Papa, tuvieron desde 1843 –cuando el abate Vincenzo Gioberti publicó su obra *Dal primato morale e civile degli italiani*"–, un punto de referencia y de apoyo ideológico para un proyecto de Estados italianos confederados bajo la autoridad espiritual y temporal del Pontífice. Según Gioberti, Italia estaba destinada por la providencia a ser el centro religioso del mundo y, fundamentalmente, de Europa. Roma y con ella el Papa deberían ser el centro espiritual y político de Italia, necesitado de un soporte militar que proporcionaría Piamonte.

Si acudimos a otra de las corrientes que tendían a soluciones moderadas, más como político que como ideólogo

Víctor Manuel II, **el rey de la unificación** (Turín, Museo del Risorgimento).

Víctor Manuel II

Hijo de Carlos Alberto de Cerdeña, reinó al abdicar su padre tras el desastre de Novara, en marzo de 1849. Apoyado por Cavour, logró restablecer el prestigio de la dinastía de Saboya. La alianza con Francia le permitió hacer frente a Austria y ganar Lombardía, Romaña, Parma, Módena y Toscana. Cedió a Francia Niza y Saboya, pero unificó Italia al incorporar Nápoles y Sicilia, Las Marcas y Umbría, por lo que pudo coronarse rey de Italia en marzo de 1861. A la muerte de Cavour, trató de ganar más protagonismo político y, a pesar de sus errores, consiguió recuperar Venecia en 1866 y finalmente entrar en Roma en 1870, con lo que logró pasar a la historia como rey unificador de una de las potencias europeas.

Massimo D'Azeglio representa la tendencia que apunta a un plan de medidas legales y técnicas para hacer de Italia un país más moderno, con un comercio fluido, un nuevo sistema monetario, unas universidades renovadas, una reforma jurídica y un ejército bien dotado y eficaz, todo ello asumido y protagonizado por el Estado sardo y la monarquía de Saboya, que contarían para su realización con el fino sentido político y el pragmatismo de un hombre como Camilo Benso, conde de Cavour, que presidiría el Gobierno sardo entre 1852 y 1861.

Las revoluciones de 1848 para algunos son el verdadero inicio del siglo XIX y marcaron un hito en el proceso italiano

La Primavera de los Pueblos

Un hito en el proceso unitario italiano lo marcaron las revoluciones europeas de 1848. A partir de ellas y pese a la represión que las ahogó allí donde los principios del legitimismo contaban aún con presencia y recursos, el camino italiano hacia la unidad se aceleró. Los movimientos del 48 marcaron un antes y un después en la Historia de Europa y para algunos historiadores significaron el verdadero inicio del siglo XIX, en la medida en que hasta entonces pensamiento y criterios del Setecientos habían conservado vigencia. En 1831, Víctor Hugo había escrito que ya se podía escuchar el rumor soterrado de la revolución, que horadaba sus galerías subterráneas bajo los regímenes de Europa. En 1848 era un estampido en toda Europa.

En el espacio italiano también la revolución se haría presente siguiendo el contagio europeo. En el reino lombardo – véneto, bajo administración austríaca, las *Cinco Jornadas* revolucionarias de Milán (18–22 de marzo) fueron un estímulo. En Venecia, Daniele Manin proclamaba una república. Las revueltas de Palermo obligaron al rey Fernando II a otorgar una Constitución, que inmediatamente tuvo su versión en Florencia, en Turín, en Parma, en Módena y en la propia Roma, donde en los primeros meses de 1849 se viviría el segundo ensayo de república, tras el de 1799.

El Papa se veía en la necesidad de refugiarse en el vecino reino de Nápoles, a fin de "conservar la plena libertad en el ejercicio de la libertad suprema de la Santa Sede", mientras el Gobierno español, bajo la férrea mano del general Narváez, enviaba en ayuda del Pontífice una expedición militar al mando del general Fernández de Córdoba, y la nueva República francesa presidida por Luis Napoleón Bonaparte situaba sus tropas, al mando del general Oudinot, en la Ciudad Eterna para acabar en pocos días con aquella fugaz República Romana.

El príncipe de Metternich, máximo representante del legitimismo y para quien Italia no pasaba de ser "una expresión geográfica" sería el gran derrotado de la revolución y su salida del poder, uno de sus principales logros, pese a que de nuevo la reacción legitimista, representada ahora por el zar Nicolás I, se impusiera en Europa.

A partir de la convulsión que para Europa significaron los movimientos de 1848, el proceso unitario italiano se articula en un doble plano, el político–diplomático y el militar. Esquemáticamente, se trata de cinco pasos hacia la Unidad: 1) La revuelta de los pequeños Estados italianos capitaneados por el Piamonte contra la soberanía austriaca (1848–49); 2) La campaña militar de 1859, coaligados el Piamonte y el II Imperio francés contra Austria; 3) Las campañas garibaldinas de 1860–61 tendentes a la liberación de Umbría y del reino de las Dos Sicilias; 4) La campaña de 1866 para la anexión de Venecia y 5) La lucha por la ciudad de Roma (1870).

Efectivamente, en 1848 el rey Carlos Alberto, en apoyo de la causa de Lombardía, había declarado la guerra a Austria. La campaña había sido un fracaso para las armas piamontesas, materializado en las batallas de Custoza (24 julio) y Novara (23 febrero 1849). Restablecido el orden legitimista, era claro que el proceso italiano necesitaba de un concurso exterior.

Garibaldi entró triunfalmente en Nápoles en 1860, pero fue inmediatamente marginado por la línea moderada representada por Cavour (óleo de Licata, Nápoles, Museo Marítimo).

Por su sentido realista de la política, Cavour estaba convencido de que el futuro de Italia debía pasar por París y por Londres, es decir, por los centros europeos de decisión. Sin Europa no era viable el proyecto italiano. La crisis de Crimea le ofreció a Cavour la oportunidad. En la secuela de las revoluciones de 1848, la Guerra de Crimea era la respuesta de Europa a la Rusia de Nicolás I. Piamonte se implicaba en ese conflicto en mayo de 1855. En él, la única acción de las tropas piamontesas fue la defensa del puente de Traktir, que hizo fracasar el último intento ruso de romper el asedio de Sebastopol.

No fue una gran operación militar, pero suficiente para despertar tanto en Francia como en Inglaterra una viva simpatía hacia Piamonte. Pero, sobre todo, Cavour conseguiría con esa participación en la guerra estar presente entre los firmantes de la paz en el Congreso de París de 1856. Desde entonces, Cavour contaría con la buena disposición de Napoleón III hacia la causa italiana. Sin embargo, un inesperado incidente amenazó esta prometedora colaboración.

El 14 de enero de 1858, cuando en compañía de la emperatriz Eugenia se dirigía a la Ópera, Napoleón III salía ileso de un atentado, una bomba preparada y lanzada por el italiano Felice Orsini. El acto costó cuatro muertos y más de un centenar de heridos. No podía haber peor noticia para Cavour. Pero, frente a lo que se podía temer, el atentado Orsini vino a acelerar el proceso unitario. Antes de ser ajusticiado, Orsini escribió una carta al Emperador, en la que le recordaba que estaba en su poder hacer de Italia una nación independiente, sacándola de la esclavitud de Austria.

En el último párrafo le recordaba: "No desprecie Vuestra Majestad las palabras de un patriota a punto de ser llevado al patíbulo. Dé la independencia a mi patria y la bendición de 25 millones de habitantes le seguirá allí donde esté". Napoleón III, que incluso intercedió para que no se cumpliese la condena a muerte de Orsini, mostró inmediatamente su favor hacia el Piamonte.

El 20 de julio, el ministro Cavour se entrevistaba con el emperador francés en el balneario de Plombières, en los Vosgos. De aquella entrevista salió un plan conjunto de acción franco–piamontesa contra Austria. Su objetivo, conseguir una nueva situación de Italia conformada por cuatro reinos. Uno, al norte, constituido por Piamonte, Lombardía, Véneto, Romaña, las legaciones y los ducados; en el centro de la península, se formaría un Estado con Toscana y los territorios pontificios, mientras el Papa conservaría el Estado de Roma. Por fin, un cuarto, al sur, integrado por Nápoles y Sicilia, que le sería ofrecido a Luciano Murat. Los cuatro Estados constituirían una confederación bajo la presidencia del Papa. A cambio de su apoyo al proceso, Francia recibiría Saboya y Niza. Nacido en esta ciudad, Garibaldi nunca perdonaría a Cavour tal concesión a las exigencias por parte de Francia.

El *sí* que hizo a Italia

Napoleón III añadía otra condición, el matrimonio de su primo Napoleón, hijo de Jerónimo Bonaparte, con la hija del rey Víctor Manuel, María Clotilde, entonces de 15 años. Esta exigencia fue una de las más difíciles de aceptar, sobre todo por la mala fama que, con razón, tenía el pretendiente, que además casi doblaba en edad a la novia. Las razones de Estado condicionaron la decisión de ella: "Se la sua persona non mi ripugna, sono decisa di sposarlo e ciò per contribuire al bene del mio Paese ed alla gloria del mio Papà". El matrimonio se celebró. Como algún historiador ha dicho, fue el *sí* que hizo a Italia.

En enero de 1859, el rey Víctor Ma-

nuel pronunciaba en el Parlamento un discurso en el que se refirió a la imposibilidad de mantenerse ajenos al "grito de dolor" que se percibía de todas partes de Italia. A fines del siguiente mes de abril, el Piamonte estaba de nuevo en guerra con Austria. Junto a la decisiva aportación militar francesa, los piamonteses iban a contar con la colaboración de una figura que pronto entraría en la categoría del mito, Giuseppe Garibaldi.

Las principales operaciones se desarrollarían en territorio lombardo. Las capitaneadas por Garibaldi, características acciones guerrilleras, en torno al lago de Como. El triunfo sobre las tropas austriacas tendría dos nombres: Magenta y Solferino. En aquella lucha, con numerosas bajas, un soldado nacido en Suiza, Henri Dunant, concibió la idea de crear una institución que, en el mismo campo de batalla, atendiese a los heridos. Acababa de nacer la *Cruz Roja*.

Sin embargo, los éxitos obtenidos y la penetración de las tropas franco–sardas en el territorio lombardo serían frenados por el propio Napoleón, que pactaría un armisticio con Austria negociado a espaldas de Cavour.

La Expedición de los Mil

El año 1860 es clave en el proceso unitario. En gran medida, su avance corresponde a las acciones de Garibaldi, especialmente a la *Expedición de los Mil*, los voluntarios de camisa roja, que desembarcaron en Marsala el 11 de mayo para liberar Sicilia. El 6 de junio se le rendía la ciudad de Palermo y, muy pronto, Mesina. El 18 de agosto, saltaba a la península. y se dirigía a Reggio, en Calabria, mientras el rey Francisco II buscaba refugio en Gaeta.

Pío IX, el último papa que fue rey de Roma.

Por su parte, Cavour proyectaba invadir Las Marcas y Umbría y, salvaguardando la integridad del Estado pontificio, llegar hasta territorio napolitano, a fin de detener el avance de las tropas garibaldinas, cumpliendo con ello los intereses de Francia, siempre más proclive a una Italia unida bajo Víctor Manuel y Cavour que bajo la dictadura de Garibaldi, que ya se había proclamado "dictador de Sicilia".

El encuentro de Garibaldi con Víctor Manuel, el 26 de octubre en Teano, significó el triunfo de la opción política representada por Cavour y la dinastía de Saboya sobre la radical, representada por el pensamiento de Mazzini y la acción guerrillera de Garibaldi. El mítico héroe popular, aclamado por la multitud cuando, al lado de Víctor Manuel, entraba en Nápoles, había quedado definitivamente marginado, al igual que sus tropas.

Las palabras del rey habían sido muy claras: "Generale, passate nella riserva". Con gran dignidad rechazará los títulos y honores que le ofreciera el nuevo monarca de la Italia unida, que significativamente le negó, siguiendo el consejo de Cavour, su petición que le hiciera de mantenerle un año más como lugarteniente de la Italia meridional, con plenos poderes militares. Tampoco sus *camisas rojas* conseguirían, por la cerrada oposición de jefes y oficiales del ejército piamontés, ser aceptados en éste como un cuerpo de ejército.

La mañana del 9 de noviembre, Garibaldi abandonaba Nápoles. En el puerto le espera el vapor *Washington*, que le llevaría a un retiro, pronto roto, en la solitaria isla de Caprera, cuya mitad había comprado en 1856 con la herencia de su hermano Felice y con los ahorros que había hecho en América como capitán de un barco mercante.

En febrero de 1861, en el Palacio Carignano de Turín, se reunía el primer Parlamento de Italia. Allí fue proclamado rey Víctor Manuel II, que dirigió su primer discurso a la nación, en texto preparado por Cavour, ofreciendo al mundo una Italia "libera ed unita quasi tutta per mirabile aiuto della Divina Providenza". Aún estaba incompleta la nación italiana. Para su diseño ideal faltaban varias piezas. Las más importantes, Venecia y sobre todo, Roma.

Serían los hitos que no podría ver ni disfrutar el conde de Cavour, que caía gravemente enfermo el 26 de abril, para morir el 6 de junio, tras haber confesado con el párroco de la Madonna degli Angeli, que pese a la excomunión que por parte de lglesia pesaba sobre Cavour, no dudó en acudir a su lecho. "Quiero que el buen pueblo de Turín sepa que muero como buen cristiano", tras afirmarse en la que fue una de sus convicciones y de su programa de gobierno: "Libera Chiesa in libero Stato".

Pío IX inaugura el Concilio Vaticano I en 1870, poco antes de perder el poder temporal sobre la ciudad, según un grabado de la época.

El proceso de anexión del Véneto es preciso contemplarlo en el contexto de la marcha de otra unidad nacional, la alemana. El nuevo Estado italiano declarará la guerra a Viena, cuando ya lo haya hecho el reino de Prusia.

Iniciada la guerra, y mientras los prusianos obtenían una de las mayores victorias sobre Austria, la de Sadowa, las operaciones militares italianas quedarían muy por debajo no solo de lo esperado sino de las propias posibilidades de su ejército, formado por más de 200.000 hombres. Los fracasos del general La Marmora y, en el mar, del almirante Persano junto a la isla de Lissa, fueron sus hitos. El único que progresó en su avance por tierra fue Garibaldi, con una victoria sobre los austriacos en Bezzecca (21 de julio), pero ya dentro del territorio del Trentino se le ordenó parar su avance y regresar. Su respuesta fue lacónica: "Obbedisco".

En 1866, Austria arriaba su bandera en Venecia y se la entregaba a Francia, para que ésta se la diera a su vez a Italia

Ya había comenzado la negociación de paz con Austria, derrotada en su lucha con Prusia. La paz entre Viena y Berlín se firmaría en Praga el 23 de agosto. Con Italia se haría en octubre, con la mediación de Napoleón III y una fórmula beneficiosa y a la par humillante para los italianos. El deseado territorio véneto se transferiría a Francia para que fuese ésta la que dispusiese de él y lo entregase a Italia. El 19 de octubre, el gobernador austriaco hacía arriar la bandera imperial en Venecia y entregaba la soberanía del territorio al general Le Boeuf, representante del emperador francés. El día 20

CRONOLOGÍA DE LA GUERRA

1852
Cavour es nombrado presidente del Consejo del Piamonte, bajo Víctor Manuel II.
1855-56
Intervención de Piamonte en la Guerra de Crimea.
1858
Entrevista de Plombiéres: Napoléon III se compromete a apoyar militarmente a Piamonte frente a una agresión austriaca.
1859
Guerra de Austria contra Piamonte y Francia. Victorias franco-italianas de Montebello, Magenta y Solferino.
Noviembre: Paz de Zurich: Piamonte se anexa la Lombardía, pero Austria conserva Venecia durante un par de años.
1860
Tratado de Turín: Niza y Saboya pasan a Francia.
Mayo-septiembre: Expedición de los Mil camisas rojas de Garibaldi a Sicilia.
1861
Caída de los Borbones en el sur.
En marzo, Víctor Manuel II se proclama rey de Italia.
1862
Garibaldi inicia una fallida expedición para liberar Roma.
1864
Francia retira sus tropas de Roma a cambio de que se respete el Estado Pontificio.
1866
Por la Paz de Viena, Italia consigue Venecia.
1867
Marcha de Garibaldi sobre Roma, siendo derrotado de nuevo.
1870
Roma, capital de Italia. El Papa se declara prisionero.
1901
Muere Verdi.

Napoleón III recibe Niza y Saboya en 1860. Medalla conmemorativa.

Giuseppe Garibaldi.

Víctor Manuel II a caballo.

Fiesta por la anexión de Venecia a Italia en 1866.

Humberto I de Saboya.

El maestro Verdi poco antes de morir.

Garibaldi en Caprera, tras ser amnistiado. Había organizado una expedición para tomar Roma en 1862, que fue derrotada en Aspromonte (por Cabianca, Florencia, Galería de Arte Moderno).

las tropas italianas entraban en la ciudad de los canales.

Si Napoleón III se había mostrado hacia el exterior favorable al proceso unitario italiano y, en momentos decisivos, había contribuido claramente a su progreso, respecto a la cuestión romana, tanto por presión de amplios sectores del catolicismo francés como por influencia de su propia mujer, Eugenia de Montijo, su política fue de claro apoyo a Pío IX. "Seguiré siendo su amigo –le había comunicado a Víctor Manuel– pero con la condición de que no cree nuevas dificultades políticas y de que mantenga el respeto al Santo Padre".

En diciembre de 1870, Víctor Manuel II entraba en Roma, al tiempo que el papa Pío IX se declaraba preso en el Vaticano

O Roma, o morte

En Italia, ya no estaba Cavour en la escena política. De nuevo, Garibaldi era el nombre que estaba en boca de los italianos, el héroe popular en quien únicamente cabía confiar para completar la unidad. En lo internacional, si el Gobierno de París frenaba el camino hacia Roma, muy amplios sectores de opinión del liberalismo y del anticlericalismo francés se oponían a tal política. Por su parte, Inglaterra era decididamente favorable a la anexión de Roma, entre otras razones para evitar que Italia naciese demasiado ligada y dependiente de Francia. En el Gobierno italiano, el primer ministro, Ratazzi, no parecía tan contundente en su actitud frente a Garibaldi como lo fuera Cavour.

De nuevo la presencia y las soflamas de Garibaldi volvieron a las plazas públicas y a las grandes concentraciones de entusiastas seguidores. El grito de *"¡O Roma o morte!"* se escuchaba por doquier y se leía en las páginas de la prensa. Y de nuevo Sicilia fue el punto de partida de una expedición garibaldina hacia la península que desembarcó en Calabria. Los dos mil hombres de la expedición se encontraron, sin embargo, muy pronto en Aspromonte con las fuerzas del ejército regular italiano. Era el 29 de agosto de 1862. El enfrentamiento se produjo y el propio Garibaldi caería herido en un muslo y en el pie derecho. La lucha duró solo unos minutos. El resultado, doce muertos, siete del ejército real y cinco garibaldinos. Pero desde entonces, aquella jornada de Aspromonte sería calificada por los italianos de "fratricida". Garibaldi era hecho prisionero en el fuerte de Varignano. Tardaría en curar de sus heridas. En octubre sería amnistiado y volvería a su retiro de la isla de Caprera. Mientras tanto, el primer ministro, Ratazzi, se había visto obligado a dimitir. Ni conservadores ni radicales le habían perdonado el error de Aspromonte.

Capital por unanimidad

Si Roma pudo ser, por fin, capital de la Italia una, lo sería en el contexto de otra crisis internacional, la que llevaría en 1870 a un enfrentamiento entre Francia y Prusia, con la derrota de la primera en Sedán. Tras ella, Napoleón III se vería obligado a retirar las tropas que protegían la Roma pontificia. El 20 de septiembre sería el día clave y la Porta Pia, el símbolo de la última resistencia a las tropas italianas.

El 2 de octubre, la población romana, mediante un plebiscito, se mostraba favorable de forma casi unánime (40.756 votos a favor de la anexión, frente a 46 en contra) a que Roma fuese la capital de Italia. Se dijo que el propio pueblo que en la tarde del 19 de septiembre había aplaudido al Papa cuando regresaba de una visita a la Escala Santa, al día siguiente aclamaba a los *bersaglieri* que penetraban por la Porta Pia. El 9 de octubre, en el Palazzo Pitti de Florencia, una comisión llegada de Roma podía ofrecer a Víctor Manuel los resultados del plebiscito y concluir: "L'ardua impresa è compiuta, la patria ricostituita".

El 31 de diciembre de 1870, entraba Víctor Manuel en una Roma inundada por una de las frecuentes crecidas del Tíber, circunstancia que los fieles a Pío IX interpretarían como un castigo y una señal del cielo. Desde un balcón del Palacio del Quirinal, tomado a la fuerza por el general La Marmora el 8 de octubre, saludó el rey al pueblo romano. Pero de hecho no sería su sede hasta el 2 de julio siguiente, en que el ministro de Exteriores, Visconti Venosta, anunciase oficialmente al mundo que Roma era la capital del Estado italiano, al tiempo que el Rey hacía su entrada oficial y en el Campidoglio se celebraba una gran fiesta, mientras el Papa se declaraba prisionero en el Vaticano.

Fare L'Italia

La mera agregación de las piezas del rompecabezas italiano bastaba para cambiar los mapas, pero no para consolidar una nación que tenía que redefinir su identidad. **Fernando García Sanz** desgrana los retos del nuevo Estado

Celebración oficial de la **anexión de la región de Emilia** a los territorios controlados por el rey Víctor Manuel II (óleo de Bossolis).

En 1901, dos muertes con pocos meses de distancia entre ellas parecían anunciar el final biológico de toda una época. El 27 de enero moría en Milán Giuseppe Fortunino Francesco Verdi y el 11 de agosto desaparecía en Nápoles Francesco Crispi. Representante de la alta cultura el primero; símbolo de la lucha por la unidad, nunca se comprometió sin embargo en primera persona en los acontecimientos del período que condujeron al nacimiento de Italia. Diputado de la primera legislatura (1861-1865) por presión e insistencia de Cavour, senador desde 1874, no participó sin embargo en las tareas parlamentarias, siendo significativo que acudiese por primera vez al Senado, "en visita oficial", 19 años después de haber sido nombrado miembro de la Cámara. Incluso en aquella ocasión comentaría a su presidente, Farini, "Io non comprendo questa forma di governo consistente in assemblee numerose e rumorose, piene di scandali".

Posiblemente por ser más dado a los grandes acontecimientos, a los grandes héroes, Verdi solo reconociera su admiración por Cavour y, precisamente, por Francesco Crispi, al que ensalzó en más de una ocasión como "il grande patriota".

Finalizando el siglo XIX es cierto al menos que solo Francesco Crispi podía contarse entre los supervivientes del Risorgimento con un protagonismo directo, tanto en las luchas por la unidad de Italia (fue uno de los responsables de la organización de la expedición garibaldina a la conquista de Sicilia), como en las responsabilidades de Gobierno una vez conseguida la unificación. Francesco Crispi fue ejemplo, además, de un recorrido político que siguieron otros protagonistas de la historia de Italia: mazziniano y garibaldino, convino en reconocer, cuatro años después de la constitución del Reino, las virtudes de la monarquía frente a la alternativa republicana.

Sin embargo, a diferencia de la opción que representó y defendió mientras estuvo en el poder la *Destra Storica* (un nacionalismo satisfecho con la consecución de la unidad), Francesco Crispi fue el intérprete de una visión del significado del *Risorgimento* que tenía como elemento esencial el soporte de la clase media, de la burguesía. Partía de la base de que la unidad no debía ser considerada el final, sino el punto de partida de una revolución nacional que convirtiera a Italia (mezclando en aparente paradoja nacionalismo y mazzinianismo), en una gran potencia, en cabeza de la misión de la civilización latina en el mundo.

A nivel interno, la revolución debía conjugar unificación y desarrollo, en la búsqueda de un estrecho nexo de unión entre el proceso de unidad nacional y una auténtica hegemonía burguesa que estaba todavía por construirse. Cuando Francesco Crispi desapareció del escenario político en 1896 a causa, precisamente, del fracaso de la política colonial emprendida con ínfulas y en pro de convertir a Italia en gran potencia, Italia había asentado firmemente las bases para el inmediato salto a la revolución industrial, pero quedaba por cumplir a juicio de muchos el proyecto que ya vaticinara Massimo D´Azeglio en 1861: "Ora che l´Italia è fatta, bisogna fare gli italiani".

Cavour fue el artífice de la unificación territorial (óleo de Hayez, Milán, Pinacoteca de Brera).

Fernando García Sanz es investigador del Instituto de Historia del CSIC.

El propio Crispi reconocería a finales de 1898 las carencias de un proceso nacional que todavía a esas alturas se presentaba, desde el punto de vista social, como la amalgama de diversas realidades más que la integración de las mismas: "El Estado es joven pero la Nación es vieja (...) La unidad italiana fue el efecto de una simple agregación de los siete Estados, y no de una revolución".

Las bases del nuevo Estado

Aún en marcha el proceso de nacionalización de las masas, en parecidas circunstancias a otros Estados europeos, cabía preguntarse en Italia por la vinculación entre ese hecho y la posibilidad, en efecto, de dar por concluída la obra del *Risorgimento*. ¿De qué *Risorgimento*? Había existido un *Risorgimento* dinástico, Saboya, y un *Risorgimento* garibaldino; un *Risorgimento* monárquico y otro republicano, un *Risorgimento* federalista y otro unitario, un *Risorgimento* gibelino y un *Risorgimento* güelfo.

Cada una de estas aspiraciones contaba con su punto de referencia político e incluso también historiográfico. Conscientes de esta realidad, la labor de los gobiernos de la nueva Italia en la construcción de una identidad compartida comenzó por la absorción, a través de los monumentos y de la iconografía, de todos los aspectos simbólicos del proceso de unificación, presentándolos de manera sincrética y difundiéndolos a través de los textos escolares y de la literatura popular. Se creó una historia en la que aparecían juntos Garibaldi, Víctor Manuel II, Mazzini, Cavour, Gioberti, Cattaneo...

La apropiación de los símbolos del *Risorgimento* no corrió, sin embargo, pareja a la extensión de la participación de los ciudadanos en la vida política del país. Entre 1861, fecha de las primeras elecciones políticas, y 1913, primeras elecciones con sufragio universal masculino, las distintas fórmulas de sufragio censitario (restringido hasta las elecciones de 1886 y "alargado" a partir de entonces) tenían como base electoral un reducidísimo porcentaje de población, que iba del 1,8% en 1861 (sobre 25.750.000 habitantes) a la cota máxima del 9,1% en las elecciones de noviembre de 1892 (sobre 31.900.000 habitantes).

Fuera del juego político los católicos seguidores de la máxima "Né elettori né eletti", promulgada por Don Margotti el 8 de enero de 1861 desde las páginas del clerical *L'Armonia*, los estratos sociales verdaderamente patrones del nuevo Reino eran, en realidad, los mismos que habían llevado el protagonismo del proceso hacia la unidad. Quedaba al margen, por tanto, la mayor parte de la población, eminentemente campesina, y aún la pequeña burguesía urbana que, sin embargo, también había dado su aportación al *Risorgimento*: piénsese como ejemplo en el 1848 en Milán, en Roma, o en las revueltas del *Mezzogiorno*.

La apropiación de los símbolos del *Risorgimento* no fue paralela a participación popular en la vida política

De todas formas, el reconocimiento de la contribución que podía ofrecer al desarrollo de la sociedad la organización y la actividad política de las clases populares deberá esperar a la llegada al poder de Giovanni Giolitti, muy poco después de la muerte de Verdi.

Según la ley electoral, al margen de la obligatoriedad de ser contribuyente por un importe mínimo de 40 liras/año y ser mayor de 25 años, los votantes debían saber leer y escribir. Pero en 1861 el índice de analfabetismo en Italia rondaba el 75% de la población, con índices extremos regionales entre el 50% y el 90%. Elemento fundamental para la alfabetización fue la llamada Ley Coppino, aprobada en julio de 1877, que impuso la enseñanza elemental obligatoria, que sería además gratuita y aconfesional, obligando a los padres a solicitar expresamente la enseñanza de la religión que, aún así, se impartiría fuera del horario escolar. En sustitución de la religión se hacía obligatorio el aprendizaje de "las primeras nociones de los deberes del hombre y del ciudadano", que junto a la lectura, la lengua italiana, la aritmética y el sistema métrico decimal, se convirtieron en las asignaturas fundamentales y obligatorias que debían aprender los niños entre los 6 y los 9 años. La nueva ley, como explicó el propio ministro Michele Coppino, tenía como finalidad esencial crear una sólida base en la

que apoyar el nuevo Estado liberal: "La escuela permanece como el único medio de elevar a los hombres a la altura de las instituciones liberales". El éxito de la reforma de las enseñanzas se manifestó muy pronto, ya que en 1880 la tasa de analfabetismo había descendido al 47,5%, un nivel en el que se mantenía, aproximadamente, al iniciarse el siglo XX.

El camino de la industrialización

En 1861, quedaba todo por hacer. Se había construido un gran cuerpo que carecía de unión entre las partes. Se imponía al nuevo Estado una tarea primordial: completar y afianzar la integración político-territorial con la integración económica que habría de tener como base la creación de una red de comunicaciones, ferrocarril y carreteras, para la formación de un imprescindible mercado nacional.

La unión de los antiguos reinos sumaba un total de 1.623 kilómetros de vía férrea ya construídos y 1.442 en construcción. El 80% de los que estaban en servicio se situaba en el Piamonte (850), región Lombardo-Véneta (522) y Toscana (257), mientras que el antiguo Reino de las Dos Sicilias contaba con 100, localizados en torno a la antigua capital, Nápoles. En 1896 existían ya 16.053 Km de vía férrea distribuídos proporcionalmente, ya sí, por toda la península e islas. Grandes obras de ingeniería acompañaron a la extensión de la red y a su conexión con otras redes europeas: en 1871 se terminaba el túnel transalpino del Moncenisio (Fréjus), de 13,6 kilómetros de longitud; las comunicaciones con Alemania y Suiza fueron facilitadas posteriormente con la apertura en 1882 del túnel de San Gotardo, con casi 15 kilómetros de longitud, y a comienzos del siglo XX fue terminada la obra de la galería más larga de Europa, el Simplón, con casi 20 kilómetros.

Paralela al desarrollo ferroviario fue la mejora y extensión de la red de carreteras, que dieron sentido y amplitud al esfuerzo realizado en los ferrocarriles. De los, aproximadamente, 30.000 km de la red viaria nacional y provincial y los poco más de 70.000 de la local, a comienzos de la década de los setenta, se pasó, en la década de los noventa, a los más de 45.000 y 85.000 Km respectivamente. Desde el Estado se contribuyó, por tanto, a la creación de uno de los elementos fundamentales para la transformación y mejora de la economía agraria, favoreciendo la comercialización de los productos del campo e induciendo con ello a los agricultores a un cambio en los tradicionales usos de subsistencia y pequeña comercialización local o regional.

Se consiguió un considerable aumento de la producción, de la misma forma que se desarrollaron las exportaciones, amparadas en el régimen liberal que presidió la vida económica italiana desde 1861 hasta 1888. A partir de ese año, la ruptura de relaciones comerciales con Francia, mediante la introducción de una fuerte tarifa proteccionista, llevó al campo italiano a una profunda crisis, que tuvo como consecuencia social más inmediata que se acentuara el fenómeno de la emigración, en adelante uno de los elementos más característicos de la vida italiana.

Fenómeno que se presentaba ahora con nuevas formas: en primer lugar, la emigración será mayoritariamente de carácter permanente y, en segundo lugar, mientras se mantienen en aumento las salidas hacia los países europeos, comienza por estas fechas el *boom* de la emigración transoceánica, que conocerá su máximo desarrollo ya durante las primeras décadas del siglo XX.

El rey **Humberto I de Saboya** visita a un enfermo de cólera, durante la epidemia de septiembre de 1884, según un grabado de *La Ilustración Española y Americana*.

La agricultura fue cediendo el peso que sobre la economía había tenido durante los veinte primeros años de la unidad. Al mismo tiempo que la agricultura entraba en una mala coyuntura, la industria conocía aún entre 1881 y 1887 una fase de apreciable expansión: en 1887, la producción de hierro alcanzaba las 173.000 Tm y, en 1889, la de acero era de 158.000 Tm; progresaba, aunque más lentamente, la industria mecánica; tomaba consistencia el alza en el sector químico, sobre todo por el uso de abonos artificiales en las zonas de agricultura más desarrollada, al mismo tiempo que se incrementaba la producción de ácido sulfúrico; la industria textil conocía también años de expansión.

En 1861 todo estaba todavía por hacer: se había construido un gran cuerpo que carecía de unión entre las partes

La tarifa aduanera de 1887 vino a cambiar la situación general y, de forma particular, la antigua relación Norte-Sur. El proteccionismo impuso al consumidor meridional la obligatoriedad de comprar los productos industriales nacionales a precios mucho más altos de los que existían en el mercado internacional, de tal modo que –como señaló Rosario Romeo– "el mecanismo de desarrollo de la economía italiana(...) giraba en torno a la explotación del mercado meridional por parte de la industria del Norte".

Los años ochenta fueron difíciles para Italia, pero no solo desde el punto de vista económico, sino también desde la perspectiva política y social. La crisis económica acabó arrastrando con ella a numerosos bancos e instituciones financieras ,pero solo el hundimiento de una de ellas, la Banca Romana, produjo un gravísimo escándalo, al atribuirse connivencias políticas a la delictiva actuación de sus responsables.

Este escándalo dejó en la sociedad un largo rastro de desconfianza hacia los responsables del Gobierno y los políticos en general. Esta realidad se sumó al malestar general que causaba la crisis económica, para provocar los primeros levantamientos de organizaciones de masas (1893-1894), que alcanzaron especial relieve en Lunigiana (encabezados por los canteros marmolistas) y Sicilia (trabajadores de distintas procedencias encuadrados en los Fasci dei Lavoratori), donde se registraron durísimos enfrentamientos con la fuerza pública y el ejército. El malestar social se prolongó a las protestas anticoloniales, que tuvieron su motivación en la campaña de Etiopía y en el concluyente desastre de Adua (marzo de 1896), y alcanzaron su punto culminante en 1898.

El 98 italiano

La cosecha de trigo de 1897 fue la más pobre desde el momento de la unidad y supuso menos del 60% de la correspondiente a 1896. El progresivo encarecimiento del pan se vió acompañado además por la elevación de los costes

LOS LÍDERES DE LA UNIFICACIÓN

Giuseppe Garibaldi
(Niza, 1807-Caprera, 1882)
Se refugió en América del Sur al descubrirse su afiliación a *Joven Italia*. En 1848 combatió en Lombardía contra el ejército austriaco. Fiel a Víctor Manuel II, nunca perdonó a Cavour que Niza no se integrara en Italia y siempre luchó para que Roma fuera la capital del nuevo país.

Camilo Benso, conde de Cavour
(Turín, 1810-1861)
En 1847 fundó el periódico *Il Risorgimento*, en el que era partidario de una Italia unida y con una monarquía constitucional. Fue el artífice de un acuerdo con Napoleón III para luchar contra Austria a fin de liberar el norte de Italia, pero a cambio de ceder Saboya y Niza.

Giuseppe Mazzini
(Génova, 1805-Pisa, 1872)
Expulsado de Italia por sus ideas democráticas, trabajó activamente en el exilio a favor de la unificación italiana. Laico y materialista, practicó una política de oposición revolucionaria a la monarquía italiana. En 1863 intentó una sublevación de los Estados Pontificios.

Francesco Crispi
(Ribera, 1818-Nápoles 1901)
Abogado, a partir de 1865 simpatizó con la dinastía de Saboya. Al frente del consejo de ministros en 1887, fue hostil a Francia y se esforzó en acercarse a Alemania. Reprimió con dureza los movimientos populares. Tras el fracaso de Adua (1896), en Etiopía, dimitió.

Reconstrucción del **asesinato del rey Humberto I** en julio de 1900, a manos del anarquista Gaetano Bresci (*La Ilustración Española y Americana*).

de los fletes, producto del estallido de la guerra hispano-norteamericana. En numerosas ciudades italianas, ya desde el otoño de 1897, y con mayor fuerza en las capitales de provincia, las masas se echaron a la calle en lo que un contemporáneo denominó "la protesta de los estómagos". El temor que el Gobierno, sus apoyos económico-sociales y la Corona tenían a la posibilidad de una revolución motivó que la declaración del estado de sitio se extendiera a la mayor parte del país, llevándose a cabo una brutal represión, al considerarse que todas las revueltas obedecían a un plan premeditado de las fuerzas de extrema izquierda –se pensaba sobre todo en los socialistas– con el fin de subvertir el orden.

Fue precisamente esta respuesta del Gobierno a las protestas del hambre lo que en realidad politizó las sucesivas revueltas, que alcanzaron su punto álgido en la ciudad de Milán, durante la segunda semana del mes de mayo de 1898, donde el general Fiorenzo Bava Beccaris, llegó a utilizar la artillería para reprimir las manifestaciones. Del carácter de la represión que se llevó a cabo en Milán, nos da cuenta la cifra oficial de víctimas, seguramente muy inferior a la real, que daba un saldo de 80 muertos y 450 heridos. En el resto de Italia la cifra fue de 51 muertos.

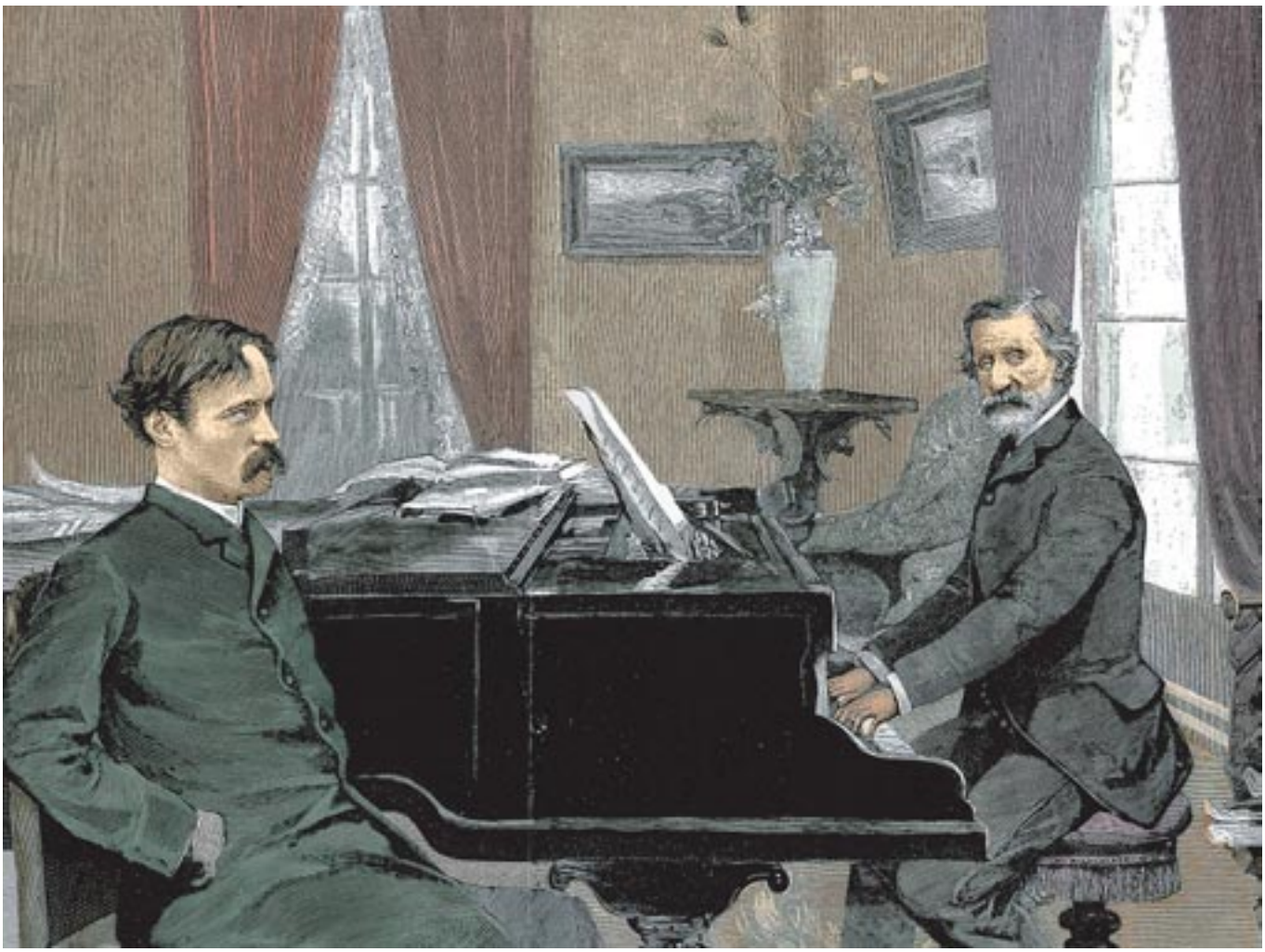
Estos acontecimientos sirvieron de trasfondo y acicate para que estallase una profunda crisis política, el verdadero 98 italiano, que abrió el debate sobre el presente y el futuro del sistema político liberal. Dentro de las fuerzas políticas que componían el arco constitucional, el debate sobre la reforma del sistema político tenía como extremos opuestos una *Destra* que concebía la solución del problema en términos policiales y de reformas constitucionales en sentido reaccionario (reforzamiento del poder ejecutivo en detrimento de la institución parlamentaria), y una *Sinistra* constitucional, con el apoyo de radicales, socialistas y republicanos, que entendían la necesidad de "salvar" el sistema liberal ensanchando sus bases y acogiendo, por tanto, a todas esas fuerzas políticas haciéndolas suyas y reconduciéndolas, dentro de una Constitución sin reformas restrictivas, por el camino de la legalidad del sistema mediante el pacto y el compromiso.

Los conservadores concebían el momento como una especie de estado de asedio a las instituciones y al Estado del *Risorgimento*, ganador, por parte de fuerzas que tendían a su destrucción. Los sangrientos tumultos de mayo de 1898 –escribió Gentile– "confirmaban la existencia de una realidad que los conservadores se obstinaban en negar o en ignorar, porque continuaban viendo en las agitaciones solamente una amenaza para el orden y para las instituciones".

Incluso la muerte del rey Humberto I en julio de 1900, asesinado en Monza por el anarquista Gaetano Bresci, pudo ser tenida también, por muchos, como el final simbólico de toda una época, de una concepción del Estado y del papel de la Corona en Italia.

La revuelta popular de mayo en Milán, motivada por el hambre y reprimida con artillería, fue un verdadero 98 italiano

La victoria de la opción reformista, primero con el gobierno del viejo exponente de la izquierda constitucional, Giuseppe Zanardelli, y, a partir de 1903, con Giovanni Giolitti, era el augurio de una Italia nueva, sobre otras bases, distintas y más amplias, que transformaría completamente el país ofreciendo, sin renunciar al pasado, una nueva versión del significado del *Risorgimento* al filo de cumplir los cincuenta años desde la unidad.



Verdi interpreta para su libretista Arrigo Boito la partitura de *Otelo* en la Villa Verdi, según un dibujo de *La Ilustración Española y Americana.*

VERDI
música para la patria

Tardó en lograr el reconocimiento, pero cuando llegó el éxito, éste fue arrollador. Su *Nabucco*, sobre el cautiverio judío en Babilonia, trasunto de los italianos bajo el Imperio austriaco, fue su gran aportación patriótica al *Risorgimento*. **Esteban Hernández Castelló** pone letra a su biografía

Sería mucho más sencillo comenzar la biografía de Verdi si éste hubiese mostrado su genialidad desde sus primeros flirteos con la música, y hubiese tenido el privilegio de haber nacido en un propicio ambiente musical o de estar predestinado a crecer como una joven promesa. Sin embargo, ni las circunstancias del nacimiento ni los primeros años vida de Joseph Fortunin François –nombre francés impuesto a causa del dominio napoleónico en el Ducado de Parma– auspiciaban que el 10 de octubre de 1813, en la pequeña localidad de Roncole, hubiese nacido un genio.

Su padre, Carlo, dueño de una tienda de comestibles –con algún que otro problema fiscal en 1804–, era también natural de Roncole. Su madre, Luigia Uttini, había nacido en Saliceto di Cadeo, un pueblo que hoy se encuentra en la provincia de Piacenza. Ambos eran analfabetos, como la mayor parte de la población italiana de la época, hasta que con la Ley Cassati de 1859 se estableciera obligatoria y gratuita la formación escolástica de los niños hasta la educación secundaria elemental.

Los primeros compases

Si bien es cierto que Verdi no fue un niño prodigio sí lo es que destacase por sus grandes aficiones musicales. Una de sus anécdotas de infancia nos cuenta que, cuando ejercía de monaguillo, al quedarse ensimismado con el sonido del órgano, olvidó entregar al cura todo lo necesario para el oficio de la misa. El capellán le dio un puntapié, acentuándolo con una popular expresión de la Emilia–Romaña: "Dio t´manda na sajetta" – "Que te parta un rayo". Años después, el canónigo murió fulminado. Quizás por esto las maldiciones lanzadas por *Rigoletto* y *Simon Boccanera* suscitan todavía hoy cierta aprensión en los ambientes teatrales.

Las primeras noticias sobre los estudios musicales de Verdi datan de 1821, cuando Beppino tenía ocho años. El padre hizo entonces arreglar una vieja espineta y el afinador no quiso cobrar tras observar las buenas maneras que Verdi apuntaba ante el instrumento.

La soprano Zina Brozia, en ***Rigoletto***, de Verdi. Portada de la revista *Comoedia Ilustré,* de 1910.

El párroco del pueblo, Don Baistrocchi, no sólo fue el maestro de música de Verdi, sino también su primer educador. A su muerte, Verdi le sustituirá como organista en las funciones de los domingos. Un año más tarde, fue necesario mandar a Verdi a Busseto para asistir al *gimnasio*, es decir, el Instituto de Enseñanza Media, siendo además admitido en la escuela municipal de música, de la cual era presidente el maestro Provesi, organista de la Colegiata de San Bartolomé. Provesi, ya mayor, dejará en ocasiones su puesto al joven Verdi, quien a los catorce años es ya considerado el mejor pianista de la localidad. Entre los trece y los diecisiete, Verdi se dio a conocer también como compositor, con algunas piezas para la Sociedad Filarmónica y para la Colegiata.

Entre tanto, Barezzi, un discreto aficionado a la música, presidente de la Filarmónica Bussetana, que tenía como oficio la distribución de alimentos a tiendas de pueblos vecinos –entre ellas, el pequeño negocio propiedad de los Verdi– le invitaba, cada vez con más asiduidad, a tocar el piano a su casa, dejando al tiempo que se enamorase de una de sus dos hijas, Margherita, para finalmente en 1831 acogerlo en su hogar y asumir el costo de sus estudios.

VERDI FUE SUSPENDIDO EN EL EXAMEN DE INGRESO EN EL CONSERVATORIO DE MILÁN, PERO SIGUIÓ ESTUDIANDO SOLFEO

Con diecinueve años y el escaso apoyo de una beca de estudio del Monte di Pietà e d´Abbondanza de Busseto, Verdi decidió probar fortuna en Milán, viaje para el que incluso tuvo que obtener pasaporte al tener que cruzar del Ducado de Parma al Reino Lombardo–Véneto.

Con cinco años por encima de la edad máxima establecida para el ingreso en su prestigioso conservatorio, y gracias al interés particular del maestro Rolla –quién también lo fuera de Paganini– Verdi fue admitido a la prueba de ingreso. Sin embargo, éste le fue denegado, empezándose entonces a formar su leyenda. La causa del fracaso radicaría fundamentalmente en que se le juzgase como pianista, y no como compositor, haciéndose patentes sus limitaciones técnicas a causa de su formación organística. La misma comisión elogió sin embargo al Verdi compositor. En el dictamen del tribunal se lee: "Aplicándose con atención y paciencia al conocimiento de las reglas del contrapunto, podrá dirigir la propia fantasía que muestra tener, y adentrarse plausiblemente en la composición".

No dándose por vencido a pesar del golpe moral, inició sus estudios con el maestro Lavigna, profesor de solfeo en el Conservatorio, experto en contrapunto y cembalista de la Scala, del que fue alumno hasta 1835. En esa época, junto al obligado estudio de obras de Paisiello –venerado por Lavigna– Verdi se centró en el análisis de óperas, como el *Don Giovanni* de Mozart, de cuya asimilación será ejemplo el dueto entre Felipe II y el Inquisidor en el *Don Carlo*.

Del aula al escenario

Durante el periodo que permaneció en Milán, Verdi colaboró también como instrumentista en alguno de los eventos musicales que enriquecían la ciudad, como la puesta en escena por la Filarmónica de *La Creación* de Haydn, donde el joven Giuseppe participó como clavicembalista.

En Busseto, mientras tanto, con la muerte del maestro Provesi se había iniciado una carrera para ocupar las plazas que dejaba vacantes de organista de la Colegiata –ya tanteada en su juventud– y de maestro de la Civica Scuola di Musica. El párroco de la Colegiata, sin recurrir a concurso, asignó las dos plazas a Giovanni Ferrari, y Barezzi luchó para que el puesto fuese sacado a oposición, algo que indudablemente favorecería a Verdi, quien ya había regresado de Milán.

Con intervenciones poco ortodoxas por parte de los bandos que apoyaban a uno y otro aspirantes, tuvo que mediar la Dirección de Policía de Parma, bajo expresa solicitud del ministro del Interior. Verdi apeló además a la duquesa de Parma, consiguiendo finalmente que saliese a concurso al menos una de las plazas, la de maestro de la Civica Scuola, que finalmente obtuvo. Dos meses después se casaría con Margherita Barezzi, para en 1839 y después de presentar su dimisión como maestro en la Civica Scuola de Busseto, trasladarse definitivamente a Milán, iniciando de este modo su carrera operística.

Aquellos años fueron sin duda difíciles para Verdi, sobre todo en el plano personal y familiar. En un escaso margen de tiempo (1837-1849), en el que

TODAS LAS OBRAS

17 noviembre 1839, *Oberto conte di San Bonifacio*, Milán, Teatro alla Scala.

5 septiembre 1840, *Un giorno di regno*, Milán, Teatro alla Scala.

9 marzo 1842, *Nabucodonosor*, Milán, Teatro alla Scala.

11 febrero 1843, *I Lombardi alla Prima Crociata*, Milán, Teatro alla Scala.

9 marzo 1844, *Ernani*, Venecia, Teatro La Fenice.

3 noviembre 1844, *I due Foscari*, Roma, Teatro Argentina.

15 febrero 1845, *Giovanna d´Arco*, Milán, Teatro alla Scala.

Caricatura de Verdi dirigiendo la orquesta.

12 agosto 1845, *Alzira*, Nápoles, Teatro di San Carlo.

17 marzo 1846, *Attila*, Venecia, Teatro La Fenice.

14 marzo 1847, *Macbeth*, Florencia, Teatro alla Pergola.

22 julio 1847, *I masnadieri*, Londres, Her Majesty´s Theatre.

26 noviembre 1847, *Jérusalem* (readaptación de *I Lombardi…*), París, Teatro de la Ópera.

25 octubre 1848, *Il corsario*, Trieste, Teatro Grande.

27 enero 1849, *La battaglia di Legnano*, Roma, Teatro Argentina.

8 diciembre 1849, *Luisa Miller*, Nápoles, Teatro di San Carlo.

16 noviembre 1850, *Stiffelio*, Trieste, Teatro Grande.

11 marzo 1851, *Rigoletto*, Venecia, Teatro La Fenice.

19 enero 1853, *Il trovatore*, Roma, Teatro Apollo.

6 marzo 1853, *La Traviata*, Venecia, Teatro La Fenice.

13 junio 1855, *Les Vêpres siciliennes*, Paris, Teatro de la Ópera.

12 marzo 1857, *Simon Boccanera*, Venecia, Teatro La Fenice.

17 febrero 1859, *Un ballo in maschera*, Roma, Teatro Apollo.

Ilustración de una escena de la ópera ***Don Carlo***.

10 noviembre 1862, *La forza del destino*, San Petersburgo, Teatro Imperial.

21 abril 1865, *Macbeth*, París, Théâtre Lyrique.

11 marzo 1867, *Don Carlo,* París, Teatro del la Ópera.

20 febrero 1869, *La forza del destino* (nueva versión), Milán, Teatro alla Scala.

24 diciembre 1871, *Aida*, El Cairo, Teatro del Khedivé.

22 mayo 1874, *Misa de Requiem*, Milán, Iglesia de San Marco.

24 marzo 1881, *Simon Boccanera* (nueva versión), Milán, Teatro alla Scala.

10 enero 1884, *Don Carlo* (versión italiana en cuatro actos), Milán, Teatro alla Scala.

5 febrero 1887, *Otello*, Milán, Teatro alla Scala.

9 febrero 1893, *Falstaff*, Milán, Teatro alla Scala.

ESTEBAN HERNÁNDEZ CASTELLÓ es musicólogo en la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma.

también estrenó *Il duca di Rochester*, que por diversas circunstancias nunca vio representada, Verdi vería nacer y morir a sus dos hijos. Sin embargo, fue con esta ópera con la que obtuvo del empresario Merelli la promesa de que haría representar en la Scala sus siguientes composiciones.

La promesa fue cumplida y el 17 de noviembre de 1839 se representa *Oberto, conte di San Bonifacio*, con un gran éxito de público y crítica. Pocos meses después, la muerte de su mujer añade una nueva tragedia en su biografía. El cúmulo de desgracias se sucede para Verdi también en el campo profesional; su contrato con Merelli, que le obligaba al estreno de tres óperas, le impulsó a abordar el género bufo con *Un giorno di Regno* (1840). El fracaso fue tan estrepitoso que Verdi pidió a Merelli la rescisión de su contrato, decidiendo poner fin a su recién iniciada carrera.

Sin embargo, el éxito de Uberto en los teatros le empujó algunos meses después a acercarse a Génova, donde aportaría algunas modificaciones a la partitura, para una próxima puesta en escena. Es en esta ciudad donde le fue presentado el libreto de una nueva ópera, cuyo argumento bíblico le fascinó de tal modo que decidió retomar la composición.

Llegaría entonces uno de sus grandes éxitos y, al tiempo, su gran aportación *patriótica* a la causa del *Risorgimento*, la ópera *Nabucodonosor* (después conocida como *Nabucco)*, estrenada en la Scala de Milán en 1842. Al éxito de la ópera contribuyó el hecho de que el público viese en la historia de los judíos y el rey de Babilonia un trasunto de su propio cautiverio bajo el dominio austríaco. *Nabucco* fue representada en aquella temporada 57 veces, hecho que ni había sucedido antes, ni volvería a suceder en la historia del gran teatro milanés.

Tenía 29 años cuando Verdi se convirtió en el compositor más reclamado y aclamado en los teatros italianos. "Desde *Nabucco* se puede decir que no he tenido una hora de reposo: ¡dieciséis *años de galera!*", exclamó una vez.

A estas óperas siguieron *I Lombardi alla Prima Crociata* (1843), *Ernani* (1844), *Macbeth* (1847) y *Luisa Miller* (1849), siendo estas dos últimas las que se mantienen con cierta asiduidad en el repertorio actual. También en esa época se le presenta a Verdi la gran ocasión para componer una ópera patriótica, reflejada en *La bataglia di Legnano* (1849), con libreto de Salvatore Cammarano. La obra, ideada para estrenarse en Nápoles, tuvo problemas con la censura borbónica, por lo que finalmente se representó en Roma el 27 de enero, cuando ya el Papa había huído a Gaeta. Unos días después, el 9 de febrero, se proclamaba la República Romana.

Rigoletto (1851), *Il trovatore* (1853) --inspirada en *El Trovador* del escritor español Antonio García Gutiérrez, con libreto nuevamente de Cammarano– y *La Traviata* (1853) –la denominada gran trilogía–, serán sus siguientes creaciones.

La Traviata nació como resultado de la fascinación de Verdi ante el estreno parisino de *La Dama de las Camelias*, de Alexandre Dumas, presenciado por el compositor cuando vivía en la capital francesa con quién sería su segunda esposa y, sin duda, el gran amor de su vida, Giuseppina Strepponi.

Paradójicamente, una de las óperas posteriormente más valoradas por el público y la crítica fue un estrepitoso fracaso el día de su estreno, como se desprende de esta carta fechada el 8 de marzo, dos días después de éste: "Ayer por la tarde salió a escena *La Traviata*, que ha sido un fiasco. Decididamente, un fracaso: no quiero indagar las causas". Quizá una de las razones de este fracaso la encontremos en que el público no estaba acostumbrado a presenciar una historia con personajes contemporáneos y cuya protagonista era, además, una prostituta. Para no faltar a la verdad, hemos de decir que solo bastó un año para que en el teatro San Benedetto de Venecia *La Traviata* comenzase a acumular éxitos.

Con *Rigoletto,* el joven Verdi nos mostrará un equilibrio casi perfecto de música y drama –quizás por ser él mismo quien idease el argumento–, pero serán estas tres obras, concebidas como un último bloque compositivo, las que den forma y fin a la primera etapa operística verdiana, musicalmente caracterizada por una cierta obsesión por el motivo.

Fue elegido diputado en las elecciones de 1861, a las que se presentó a disgusto y por insistencia de Camilo Cavour

El Verdi político

La evolución de su pensamiento político fue similar a la de sus compatriotas, entreviéndose en un primer momento un ligero tinte republicano, cuando en 1848 puso música a un himno de Mameli, con la preocupación de que fuese "popular y fácil".

Su compromiso más férreo se concentró en el trienio 1859-1861, época de la que conservamos sugerentes documentos, como la correspondencia que se guarda en el Museo Centrale del Risorgimento. De ella se desprende su poco interés hacia el cargo de diputado, hecho que se comprueba con la lectura de las cartas dirigidas a su *adversario* Minghelli Vaini. La correspondencia cruzada con éste tuvo su punto de origen en las primeras elecciones del Reino de Italia, donde la candidatura para el colegio de Borgo San Donnino parecía ya asignada a Vaini, cuando Cavour escribió a Verdi invitándole a mostrar su "disponibilidad" para asumir un mayor compromiso político.

Será el propio Verdi quien nos muestre su poco aprecio hacia el futuro cargo con las siguientes frases: "no me presento candidato, acepto con malgrado si la votación me obliga", "estoy decidido a presentar mi dimisión apenas pueda hacerlo", "si consigues que tenga la minoría de los votos, haciéndote nominar, y liberarme de este empeño, yo no encontraré palabras suficientes para agradecerte el señalado servicio. Harás bien a la Cámara, un favor a ti y un grandísimo a/ Tu afectísimo/ Giuseppe Verdi". A pesar de ello y contra su voluntad, el 3 de febrero de 1861 Verdi sale victorioso de las elecciones y Cavour consigue el anhelado diputado.

Es por entonces cuando, en plena popularidad, el nombre de Verdi cobra especial y críptico significado político. El "Viva V.E.R.D.I." que se podía leer en panfletos y pintadas en las ciudades italianas escondía bajo el acrónimo el grito "Vittorio Emanuele Rè d'Italia".
Las óperas que Verdi escribió en su madurez, entre las que se encuentran *Vísperas Sicilianas* (1855), *Simon Boccanera* (1857), *Un ballo in maschera* (1859), *La forza del destino* (1862) y *Don Carlo* (1867) contemplan, como rasgos definitorios, una gran maestría en la caracterización musical y una mayor preponderancia del papel orquestal.

Interés por España

Don Carlo, gran ópera en cinco actos, fue un encargo de la Ópera de París para ser estrenada durante le Exposición Universal de 1897. Bajo el drama de Schiller (1787), nos presenta el trasfondo político de la España del XVI, con las interminables luchas en los Países Bajos y la intromisión de la Iglesia Católica en los asuntos de Estado. El interés de Verdi por España se hará también patente en aspectos estrictamente musicales. En una carta de 1861 a su libretista Francesco María Piave,Verdi muestra su particular interés por los ritmos hispanos cuando le encarga: "Tráeme la Seguidilla, porque necesito conocer el movimiento y el tiempo".

Su gran ópera *Aida* (1871), también de este periodo, nació como un encargo del virrey de Egipto para celebrar la inauguración del Canal de Suez y su estreno se celebró en El Cairo. De complicada interpretación y puesta en escena –aún no asimilada por la escenografía contemporánea–, se ha llegado a escribir que de sus más de tres horas solo se salva un esqueleto dramático situado en torno al núcleo de los celos de Amneris.

Tres años después, Verdi estrena en Milán su *Misa de Requiem* (1874), obra cuya concepción nos esclarece el investigador Rosen, al desvelar sus clandestinos inicios: ante la caída del proyecto de una composición colectiva en memoria de Rossini (1869), la majestuosa obra policoral se dedicará al recientemente desaparecido escritor italiano Alessandro Manzoni (1873). Entre las composiciones no operísticas de Verdi cabe también citar la cantata dramática *Inno delle nazioni* (1862) y el *Cuarteto para cuerda en mi menor* (1873).

La larga pausa que precede a cada una de sus dos últimas obras es sintomática de la asimilación de los materiales y la maduración del compositor. En total, serán dieciséis años sin trabajar para los teatros y trece sin estrenar siquiera un compás, exceptuando la reelaboración de *Simon Boccanera.*

Con *Otello* (1882), el Verdi popular crea una obra de arte culta con un marcado nivel dramático. Inspirada en Shakespeare, *Otello* llegará a considerarse la "primera obra maestra del expresionismo en el teatro musical" y constituirá, sin duda, un más que digno predecesor de su ópera póstuma, *Falstaff* (1893). Estrenada en el mismo teatro que le vio nacer, la Scala de Milán, la última producción verdiana se alzará como un nuevo ejemplo de madurez espiritual y técnica.

El melodrama verdiano llegará con *Falstaff* a uno de sus puntos cumbre. Su éxito no radicará en ser fruto de una transformación, sino de un laborioso desarrollo que se inició en aquel pequeño pueblo de Parma, y que iría a morir con él el 27 de enero de 1901 en Milán, la ciudad que conquistó y cuyo Conservatorio, que una vez lo rechazó, hoy lleva su nombre.

Giuseppe **Verdi en su lecho de muerte**, el 21 de enero de 1901 (por Stragliali, Milán, Colección Gallini).

PARA SABER MÁS

Della Peruta, F. *Realtà e mito nell'Italia dell'ottocento*, Milano, 1996.
Duggan, Ch., *Historia de Italia*, Madrid, Cambridge University Press, 1996.
Fraga Suárez, F,. *Verdi*, Barcelona, Península, 2000.
Mila, M., *El arte de Verdi*, Madrid, Alianza, 1992.
www.artesyletras.com.ar/opera/verdi.45.htm
www.mundomail.net/biografias/verdi.htm